

La escritura autobiográfica y la escritura de la historia

Paula Martínez Cano

Sin duda, una de las más enriquecedoras y eficaces formas de precisar y comprender los principios de la experiencia de los seres humanos y sus modos de interpretación de la realidad se encuentra en los estudios autobiográficos, bien entendidos como *género literario*, como *objeto* de análisis para las ciencias sociales y humanas o como un *enfoque* en el campo de la investigación.

Cada programa metodológico en el marco de una investigación autobiográfica va configurando sus elementos a medida que avanza la escritura; es decir, hacer investigación autobiográfica implica atender a un principio de narratividad mediante el cual un ser humano da sentido a su vida y a su mundo desde formas de interpretación y guías de acción presentes en un relato, lo que le concede un lugar de distancia y autonomía frente a los enfoques tradicionales y permite otro modo de pensar la práctica de la escritura de sí como una forma de construir y amalgamar un aporte a las investigaciones que abarcan las *ciencias del espíritu*, aquellas, según Wilhelm Dilthey (2015) “que tienen por objeto la realidad histórico-social”.¹

En dichas ciencias, el individuo se constituye como un mundo singular, como una unidad real, en tanto es una existencia autónoma que piensa y produce saberes y, además, es susceptible de dominación en las relaciones con la sociedad. Las ciencias del espíritu no son naturales, son parte fundamental de la configuración del pensamiento humano, son aquellas que tienen como elemento central al individuo, que cooperan en el conjunto maravillosamente complejo de la historia de las sociedades en las que cada sujeto aporta su mundo, como existencia autónoma.



Elizabeth Builes. *El río*. Ilustraciones Alejandra Jaramillo. Loqueleo

El individuo es, para Dilthey, una unidad psicofísica de vida y, como tal, constituye toda la historia y la experiencia de la vida: el mundo sólo se da en la representación de los individuos y es su historia la que constituye la (auto) biografía, esa memoria donde puede pensarse una razón de la dignidad humana. Son, de hecho, los procesos antropológicos los que acrecientan el conocimiento sobre la humanidad y les abren caminos a otras relaciones, porque “la captación de la realidad entera de una existencia individual, su descripción natural

en su medio histórico, representa algo supremo para la historiografía”.² Es en la (auto)biografía donde se logra captar la voluntad de los sujetos, en un recorrido histórico que expone de manera pura una realidad edificada en un relato genuino y espontáneo que solo la narrativa concede al dar la palabra.

Para Dilthey (2015), la memoria de los seres humanos ha permitido develar existencias individuales dignas de ser recordadas y estudiadas para construir una ciencia histórica, ciencia que tuvo su punto de partida en objetividades que surgen de procesos históricos y han entendido la vida como un todo formado por múltiples partes vitales para un entendimiento de categorías de valor, sentido y fin. Por ello, la configuración histórica de una época es, para Dilthey, una apuesta por tomar las autobiografías como referente, pues en ellas encontramos las formas peculiares en que los seres humanos organizamos nuestra experiencia en un momento histórico determinado; es decir, un relato de vida puede, en efecto, mostrarnos el panorama de una época histórica. Las publicaciones de varios estudios sobre la autobiografía han abierto caminos para las diversas comprensiones y problematizaciones del concepto y, desde este punto de vista, la autobiografía se ha convertido en el centro de debate para varias disciplinas, entre ellas la literatura y la filosofía y, hoy por hoy, el concepto se ha movido en el campo de las ciencias sociales desde la óptica de la investigación cualitativa.

La autobiografía entendida como género en la historia

El concepto de la autobiografía como género se ha centrado en el sujeto y en el autor que es reconocido por su obra. En su obra *Huellas del otro. Ética de la autobiografía en la modernidad española*, Ángel Loureiro presenta un estudio que puede entenderse como un giro en el que

la autobiografía pasa de ser “una reproducción o representación de una vida a la idea de autobiografía como acto performativo, como la recreación del yo en el acto de la escritura autobiográfica”.³ Así explica Loureiro la construcción del concepto como género y se apoya en los aportes de Georges Gusdorf (1991),⁴ quien explícitamente la nombra como tal, y que ha marcado su historia desde obras como las *Confesiones* de San Agustín, *Las confesiones* de Rousseau y la *Apología pro Vita Sua* de John Henry Newman, hasta llegar a autores como André Gide, con su obra *Si la semilla no muere*, publicada en 1924. Valga anotar que la bibliografía de Gide condensa varias obras consideradas afines con el género autobiográfico como su diario íntimo, *Et nunc manet in te*, en el que narra la relación con su esposa Madeleine, a quien el mismo Gide llama el “drama secreto” de su vida.

Toda obra autobiográfica reviste un carácter de confesión que busca también develar un discurso que no necesariamente se debe asumir como una verdad, pero tampoco como falsedad o ficción, sino como afectación y condición de posibilidad para la constitución de un sujeto. A partir de la afectación que los otros le otorgan al sujeto que se narra y como acto de auto-creación engendra una promesa de verdad.

En la autobiografía se exagera la búsqueda del encuentro consigo mismo: la apariencia del espejo confronta al narrador en una fascinación indudable de Narciso; sin embargo, la autobiografía como acto ético conecta la escritura de sí con una responsabilidad frente a los otros; dicho de otra manera, una autobiografía no se centra en un recuento o reproducción de un pasado, no busca la exhibición del yo, la autobiografía es la respuesta de una vida frente a los otros en tanto que es responsabilidad del otro atender a esa historia, porque no se trata de escribir para el otro, se trata de prestar

atención a las trazas que el otro ha dejado inscritas en la identidad de quien se narra:

El relato de una vida —sea el publicado, el narrado verbalmente, o el que elaboramos continuamente en nuestras mentes como forma de auto-comprendernos— está marcado por la presencia invisible no sólo de ese otro cuyas exigencias son el germen de nuestra identidad, sino también de los otros en los que no podemos dejar de pensar cuando escribimos o (nos) narramos nuestra historia.⁵

De esta manera, la autobiografía se convierte, además, en una responsabilidad ética compartida, tanto de quien cuenta la vida, como de su intérprete lector.

Pensar que la escritura de vida es un ejercicio personal de reflexión compartida es otra condición para que los relatos, los diarios, testimonios y demás ejercicios de pensamiento, puestos en una autobiografía, alcancen a ser un organismo poderoso de encarnación de la virtud histórica. Una historia que adquiere un orden universal y eterno.

La historia de la filosofía nos ha dejado muchas preguntas para el pensamiento y la creación, pero, sin ningún pudor, hemos olvidado el legado que las letras y la filosofía nos han heredado. Karl J. Weintraub⁶ dice que el ejercicio autobiográfico es un instinto tan antiguo como la escritura misma y que se ha valorado mucho más a partir del siglo XIX. *Res gestae* es un término latino que significa hazañas o logros. Unas de las más conocidas son las que Augusto, el emperador de Roma, dejó grabadas en los muros del templo de Ankara (Turquía); se trata de una inscripción compuesta de relatos en primera persona; no obstante, los hechos externos solo tienen un significado interno si se modifican con la lectura de otros o si de nosotros parte el deseo de ser contados para enseñar algo. Por tanto, no son los hechos cronológicos los que necesariamente importan, sino las experiencias y sentidos que pue-

den llegar a construir una autobiografía como acto de responsabilidad ética con los demás.

Nombrar la autobiografía supone también una relación estrecha con términos como *Hypomnemata* y *memorias* que, a su vez, cumplen la función que condensa la autobiografía: ser un relato de sí. Pero es en el mundo occidental cuando el hombre asume una comprensión histórica de su existencia, por tanto ya en el siglo XVIII el filósofo Giambattista Vico afirmaba en sus estudios que fue el legendario Homero quien reflejó con su obra la grandeza de un pueblo griego que con sus hombres robustecidos de fantasía, mitos y narraciones expresaban las verdades que no se podían comprender en la discusión filosófica.

Pero la formulación de conceptos universales fue lo que alejó al individuo de aquella sensibilidad que traía consigo el poder de crear con la palabra, de fabular. Fue el método cartesiano el que condujo a Vico a reconocer una verdad humana no reducida a la evidencia y a la razón. La retórica, la poesía, la oratoria, la historia, que hoy son un aporte fundamental para consolidar los principios de la narrativa, son manifestaciones humanas que otorgan de nuevo importancia a los estudios (auto)biográficos, puesto que estos ejercicios de pensamiento que trae la escritura de sí no se fundan en verdades demostrativas de la ciencia matemática. La verdad humana se funda en lo verosímil y el relato propio de una vida se funda ahí mismo:

Lo verosímil es la verdad problemática: es lo que está entre lo verdadero y lo falso (...). Pero lo que lo caracteriza es que no implica una garantía infalible de verdad. Esta problematicidad hace que lo verosímil sea la verdad humana por excelencia.⁷

Traer a Vico al presente, es aceptar que su obra es hoy una invitación a desprendernos de lo demostrativo y cultivar el ingenio como facul-

tad para descubrir algo nuevo, en este caso es el autobiógrafo quien usa su relato para nombrarse y conocer el mundo que solo él es capaz de crear.

La autobiografía, como ejercicio que otorga un sentido a la vida, no necesariamente implica un elogio; tiene más bien que ver con que quien escribe tiene un *punto de vista* por dominar y, desde allí, en un espacio y tiempo precisos, contempla, de forma coordinada, su propia vida. El ejercicio de escritura que supone un estudio autobiográfico es un acto que posibilita encontrar un marco para defender su sentido y propósito. Lo que significa que, más allá de desear encontrar el sentido de la vida a través de la escritura y presentar un modelo de sí, se busca entregar una experiencia y sus circunstancias a un lector que, si acepta el pacto, podrá aprender a ser otro en un ejercicio completamente alejado de la conversión.

22

San Agustín, Rousseau y Gide pueden ser un referente de una experiencia de conversión, con sus confesiones y textos de corte autobiográfico; sin embargo, en estas miradas confesionales, los autores alcanzan a reconocer el impacto que la crisis les otorgó para un nuevo estado de lucidez y, a partir de él, para percibir un sentido de la vida. Pero no es así siempre. La obra de la vida no es siempre una obra que salga del recuento de circunstancias de pérdida. Hay otras que, con mayor rigurosidad, se configuran como ejercicios intelectuales de la experiencia, que no suponen ningún tipo de mutación o transformación de sí. Es por esto que Karl J. Weintraub afirma que, para otorgar y entender el sentido a la vida en un ejercicio autobiográfico se requiere de un “punto de vista” de quien escribe, un sitio desde el cual pueda contemplar su propia vida que, gracias a su carácter dominador en la relación espacio-tiempo posibilita, a su vez, una visión retrospectiva y total de la vida que haga posible una historia en el presente.

Hasta aquí se han planteado posiciones que permiten asumir el estudio autobiográfico desde una perspectiva histórica como posibilidad de ejercicio crítico que puede ser confesional y en algunos casos ejercicio de conversión; por otro lado, la autobiografía es también un ejercicio de pensamiento y creación verosímil; además, su escritura puede conducir a encarnar una virtud histórica que la lleva a un conocimiento de validez universal y, por último, de acuerdo al punto de vista de quien la escribe, la autobiografía es un relato en retrospectiva que no solo se presenta desde un orden aparentemente cronológico, sino también, sin importar el tiempo, la historia adquiere otro sentido.

Este acercamiento y aproximación histórica sobre los estudios autobiográficos aportan a una problemática que no la ubica en una definición única y precisa. Aporta a la expresión y construcción de los sujetos en la historia.

Referencias

- 1 Dilthey, W. (2015). *Introducción a las ciencias del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, edición digital ePub.
- 2 Dilthey, W. (2015). *Op. cit.*
- 3 Loureiro, Á. (2016). *Huellas del otro. Ética de la autobiografía en la modernidad española*, Postmetropolis Editorial, p. 25.
- 4 Gusdorf, G. (1991). Condiciones y límites de la autobiografía, en: *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Suplemento Extraordinario *Anthropos*, n.º 29, p. 9-17.
- 5 Loureiro, Á. (2016). *Op. cit.*, p. 17.
- 6 Weintraub, K. J. (1991). Autobiografía y conciencia histórica, en: *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, *op. cit.*, pp. 18-34.
- 7 Abbagnano, N. y Visalberghi, A. (1995). *Historia de la pedagogía*, Fondo de Cultura Económica, p. 360.

Paula Martínez Cano. Licenciada en Español y Literatura, magíster y estudiante de doctorado en Educación de la Universidad de Antioquia.